

Huida

Javier Leyva



Image not found.

Capítulo 1

HUIDA

Tomó la decisión mientras ella dormía. Ambos estaban tirados en una pequeña cama individual que habían heredado: él, mirando la penumbra total de la habitación, y ella, sumida en un sueño plácido e imperturbable, solo interrumpido por el intermitente resoplido que salía por su boca. Al lado de la cama escuchaba la respiración arrítmica del bebé que dormía en su cuna, y pensó que aquel momento, con la pasividad absoluta del ambiente, sería el mejor para largarse de una buena vez. Pocas veces vislumbró la escena de esos dos seres dormitando al mismo tiempo.

Se levantó de la cama con cuidado de no despertarlos, y con sigilo, se dirigió hacia la silla en donde estaba su ropa. Se vistió lentamente, minimizando en lo posible el roce de las telas y el movimiento ascendente del cierre del pantalón; afuera, en la oscura calle, la quietud de la noche enrarecida daba cabida para que el más insignificante de los sonidos fuera escuchado. Caminó con el mismo cuidado hacia la puerta, y tratando de enfocar las pupilas, echó un último vistazo a la habitación antes de salir. No logró ver mas que el negro nebuloso que inundaba todos los rincones.

Cerró la puerta y teniendo cuidado de descansar en cada escalón, bajó las escaleras. Salió a la calle, y ya afuera exhaló toda la presión contenida en los pulmones, dando paso al aire frío que se instaló en ellos sólo para hacerlo toser. Se tapó la boca para que el áspero ruido de su garganta cancerosa no perturbara el sueño de su familia.

El sórdido paisaje suburbano lo deprimió -a pesar de la quietud que se apoderaba de las calles y que a esa hora podría suponerse tranquilizadora-, hasta casi hacerlo desistir. Como nunca, los árboles se mantenían quietos, tal vez, porque el frío aire de esa noche corría a poca altura. Ningún coche rodaba por las calles, ni siquiera en las más alejadas logró ver algún faro viniendo o yendo hacia el horizonte.

Caminó varias cuadras hasta llegar a una calle más transitada. En ésta, aunque con poca frecuencia, podían verse algunos autos pasando a baja velocidad. Nadie lo miraba, las personas al volante, y las que venían de copilotos o en los asientos traseros, concentraban la vista hacia el frente del camino.

Después de esperar durante mucho tiempo, un taxi se detuvo a su lado.

Anduvieron largo rato por muchos lugares de la ciudad. El taxista pensó que buscaba prostitutas y lo llevó a las calles donde se alinean por decenas. Algunas se acercaron y trataron de excitarlos con palabras. Miró con cierta curiosidad aquella zona que en otro tiempo le fue familiar. Notó,

a través de la ventana abierta del taxi, la mixtura femenina que se difuminaba en la oscuridad apenas extinguida por la debilitada luz emanada de los faros. La mayoría de ellas eran feas; la exigua luminosidad acentuaba sus rasgos grotescos, al tiempo que exhibía sus pieles marchitas ocultas, infructuosamente, debajo del exagerado maquillaje. Una, la más joven, se acercó al auto, y en un movimiento bien estudiado alargó la mano a través de la ventana para agarrarle el pene. Sus manos, adornadas por uñas deacrílico exageradamente alargadas, eran de una finura que inquietaba. De un solo zarpazo la joven atrapó todo el contornó de su miembro, para después iniciar el movimiento masturbatorio que no le provocó ni el mínimo indicio de erección.

Él taxista estuvo preguntando precios y regateando por los servicios ofrecidos. Él, permaneció callado, no sabía para quien de los dos estaba negociando.

A esa hora de la noche ya no estaba tan seguro de pedir que lo llevaran a la terminal de autobuses. No sabía a dónde ir. Todos los planes maquinados en su cabeza lo situaban en una ciudad alejada de este lugar, en donde nunca se topara con su mujer o con su hijo, quien tal vez más grande, le echaría en cara el haberlo abandonado, gritando sucesos del pasado en donde había hecho falta.

Ya empezaba a clarear cuando atravesaban el centro de la ciudad. Unos cuantos viejos se esforzaban en limpiar las calles adoquinadas que a esa hora del día le parecieron caminos medievales. El taxista, francamente enojado, le pidió que se bajara y que le pagara por todo el rato que lo trajo dando vueltas. Lléveme a donde me recogió, dijo él.

Entró a la casa como había salido. Subió al cuarto y se instaló en la cama. La mujer y el bebé seguían plácidamente dormidos, y no parecían haber despertado durante la noche.

Volvió a mirar la penumbra y pensó en otra ocasión. Aquella, después de todo, no había sido la mejor. Siguió fantaseando con ciudades modernas, en donde el anonimato lo mantuviera protegido.

VIERNES SANTO

Estas ahí sentado. Descubres que los dedos de tu mano derecha llevan a cabo un tamborileo arrítmico y constante sobre tu rodilla, que empieza con el meñique, y en sucesión, hasta llegar al índice. Sabes bien que ésta es la señal, el pretexto perfecto para encender otro cigarrillo. Llevas años tratando de dejarlo: nunca lo dejarás. Notas el desgaste que al paso de los años ha ido mermando las sillas de la sala de espera. Notas como esa estructura metálica, negra, sobre la cual descansa el plástico naranja

empieza a descarapelarse en formas irregulares y oxidadas.

Ya conoces la rutina. Sabes que los autobuses se retrasan veinte o treinta minutos. Odias el viaje. Odias cómo huelen los paisanos que se sientan a tu lado. Odias ese contraste de luz solar y aire acondicionado golpeándote en la cara: te fatiga los pulmones, te produce jaqueca. Odias esos recuerdos que te vienen a la mente cuando esperas en esas sillas naranjas. Y sin embargo estas ahí, esperando oír en cualquier momento esa voz nasal, opaca, que te diga que abordes el camión estacionado en algún andén. Te impacienta el ruido hueco que se escucha cuando encienden el micrófono para anunciar una salida. Ahí está la voz.

Haces la fila para guardar tu equipaje en el compartimiento inferior del camión. Tratas de dormir un poco, pero el volumen de la película y ese tiiiiiii en tus oídos te hacen desistir. No es un viaje largo, pero tú odias ese olor penetrante que inunda tus fosas nasales cada vez que alguien abre la puerta del baño.

Llegas a la estación. Buscas tu equipaje sin hacer fila, abriéndote camino con los codos entre esa masa de pieles morenas. Sales de ese lugar. Haces el camino a pie hasta el hotelucho viejo y cuarteado cerca de Santa Prisca. En ese lugar ya eres conocido. Te tratan con la patética amabilidad de los hoteles familiares de provincia. Un niño sube con dificultad tu maleta al cuarto. Prefieres hacerlo tú mismo. En la calle la gente empieza a amontonarse, quieren ver esos espectáculos que a ti te parecen obscenos: cristos cargando cruces, hombres con el torso desnudo golpeándose la espalda. No estás ahí por eso. Tratas de dormir un poco, pero ese hilito que sale por tus oídos no se ha ido aún. Preparas tu ropa, el pantalón es viejo pero la camisa todavía conserva la etiqueta. Pensaste que era elegante. La empleada de la tienda dijo que te quedaba muy bien, no entendiste qué quiso decir.

Es hoy, lo sabes, como cada año, como cada semana santa, como cada viernes santo desde hace siete años. Entrás al baño, el olor es similar al del camión. Observas en el espejo ese cuerpo flaco y correoso de tus casi cincuenta años. Llenas la tina. Las líneas de cemento que dividen los azulejos se ven mohosas. Aún así entras en ella. Tratas de recordar el rostro de tu madre. Por fin lo encuentras, se difumina, se funde con el rostro de Sofía. Afuera escuchas una marcha funesta de lamentos, tambores, mujeres llorando, olor a incienso. Te recuerda a esas procesiones medievales que has visto en películas. Los primeros años disfrutabas de estas cosas. Llegabas un día antes, te perdías entre los turistas; en el centro, en Casa Borda, en alguna joyería para comprarle algo a mamá cuando aún vivía. Pierdes la conciencia por unos segundos. Te despierta el agua que entra por la boca y te hace toser. Esa sensación de asfixia te vuelve a la realidad. La procesión avanza ya a lo lejos. Una

quietud dulce y silenciosa calma tu pulso y tu respiración.

Te duchas para quitarte el agua jabonosa de la tina. El agua tarda en subir su temperatura y ese frío que se deja caer al principio te hace contraer los músculos. Sientes como la escasa carne de los costados se te pega a las costillas.

Checas el reloj, hay tiempo. Llevas a cabo el ritual reservado para ese día, únicamente para ese día, los demás del año no cuentan, no existen en tu agenda de vanidad y pulcritud. Empiezas con los calzones y los calcetines, desodorante, colonia, gel para peinar. Pasas el peine y alisas tus cabellos ralos. Te pones la camisa, el pantalón, los zapatos, el cinturón.

Tienes tiempo de llegar antes para darte valor con una o dos copas de vino.

Sales del hotel. La señora gorda que está en la recepción se despide de ti agitando la mano, tú la ignoras, te das cuenta de reojo como la piel que cuelga del brazo se agita en forma desagradable y no te interesa ser cortés con esa mujer. Al salir te topas como siempre con esa caterva de idólatras que te dificulta andar con rapidez. El restaurante no está lejos, pero ese tumulto de personas se mueve a un ritmo aletargado.

Respiras profundo, te tranquilizas, no quieres que la ansiedad te haga transpirar, piensas que sería vergonzoso llegar con las axilas y la espalda empapadas de sudor. Prendes un cigarro. Ves ya muy cerca la entrada al "mesón tasqueño".

Entras. Le das tu nombre a la muchacha que recibe a las personas. El lugar está repleto, escuchas cómo un centenar de gentes chocan los biertos, las copas, se llevan la comida a la boca, mastican. Todo ese ruido te aturde, te marea un poco. La señorita te lleva a tu mesa.

El mesero tarda un poco en atenderte, pero cuando lo hace, de inmediato pides una botella de vino tinto. Te empinas la primera copa de un golpe, quieres calmar tus nervios. Te impacientes, miras el reloj, siete minutos más tarde que el año pasado.

Empiezas a jugar con los dedos. Notas que el mesero ya lleva unos segundos tratando de que percibas su presencia. Te pregunta si ordenarás algo, le dices que todavía no. Ahí está, sabías que no tardaría mucho en aparecer, nunca ha llegado más de veinte minutos después de las nueve.

Está muy guapa: como siempre. Viene acompañada de sus padres, supones que son sus padres, quiénes más podrían ser. Vinieron con ella por primera vez el tercer año, los dos primeros estuvo sentada en esa

misma mesa sola frente a ti.

Calculas que ya tiene unos treintaicinco años. Sofía. Sabes que se llama Sofía porque así la llamo el año pasado el hombre que crees es su padre.

No recuerdas que es lo que comiste ayer, pero podrías contar con exactitud cada una de las arrugas que rodean sus ojos, podrías dar un aproximado de los milímetros que han aumentado en longitud y espesor. Podrías describir en orden cronológico cada uno de los atuendos que ha portado año con año, las comidas que ha pedido, las veces que se ha parado al tocador a pintarse los labios. Podrías hacer una presentación completa con gráficas y estadísticas de todos estos datos y presentarla en alguna reunión de la oficina. Te avergüenza a ti mismo la forma obsesiva en que registras todos estos detalles y les das vueltas en la cabeza durante todo el año, sacando conclusiones, imaginando su vida fuera de este lugar.

Las tres copas de merlot empiezan a hacer efecto, sientes que estás preparado, te envalentona el calor agradable que recorre tu cuerpo. Has dejado pasar muchas ocasiones, pero hoy le dirás algo, hoy cruzaras al menos unas palabras con ella. Te convences a ti mismo, piensas en la estrategia más efectiva. Te paras de la mesa, pero esos temblores y el frío en tu pecho te inhabilitan.

Tienes que volver a la silla, respiras profundo, fijas la mirada en un punto inexistente. De reojo ves al mesero, te habla, te pregunta si estás listo para ordenar. Pides un filete, te quedas sentado. No será en esta ocasión. Tal vez el próximo año.

EL VEDADO

Carlos era mi vecino cuando aún vivía en casa de mis papás. De eso ya han pasado muchos años, ellos estaban vivos. No sé por qué me vino a la mente aquel recuerdo justo ahora. Tal vez porque fue de los últimos recuerdos que tengo de esa casa, la casa en donde crecí, la casa que ahora habitan desconocidos.

Era el verano antes de ir a la universidad a convertirme en alguien que estafa a la gente que no estudió. Después de esos días sólo regresé durante las vacaciones, las cuales se iban reduciendo después de terminar la carrera.

Aquel día mi mamá preparó demasiados mariscos y no tuvo más remedio que invitar a Carlos a comer. Su mujer estaba de viaje, y sus hijos, ya muy grandes, vivían aparte.

Mamá había tenido algunos roces con él, nada grave ni fuera de lo común, cosas que suceden entre vecinos: algunas veces estorbaba nuestro

estacionamiento con su carro u ocupaba más lugares de los que correspondían, otras, cuando su mujer salía, organizaba fiestas con amigos viejos como él, y no nos dejaban dormir. Al otro día, cuando se topaban, mi mamá le lanzaba sus reclamos, y Carlos, tranquilo como era, no decía nada, agachaba la cabeza y mi mamá le hacía prometer que no volvería a suceder, cosa que por demás nunca cumplía.

Tampoco era que mi papá y él fueran grandes amigos, apenas intercambiaban algunos saludos; cuando ambos estaban de buen humor, acaso algunas palabras insignificantes. Pero papá quería saber del viaje, y se decidió a invitarlo no tanto por la comida que mamá no quería desperdiciar, sino más bien por su curiosidad.

Papá cruzó la calle, pude verlo desde mi ventana, y después de evitar tropezares con un borde de cemento que no vio, golpeó la puerta metálica.

Carlos salió, cruzaron algunas palabras y después de unos segundos se rieron. Carlos cerró la puerta y mi papá regresó a la casa. Le dije que a las cuatro, gritó mi papá, dirigiendo su grito a la cocina. Mamá no dijo nada y siguió mezclando ingredientes, no sé si estaba enojada, a final de cuentas había sido idea suya invitarlo a comer; todo el ambiente de la casa era marino.

Era un sábado de verano y, seguramente, de no haber sido por nuestra invitación, Carlos habría organizado una de sus fiestas. Tal vez, incluso se la arruinamos. Hacía demasiado calor.

Los amigos, todos viejos, eran felices en casa de Carlos. Pienso que era un buen anfitrión, aunque a nosotros jamás nos hubiese invitado a nada. Podía suponerlo porque cuando me asomaba por la ventana de mi habitación, en las noches que pasaba sin dormir, no por su música, sino por el insomnio que vengo arrastrando, veía en el patio de mi vecino a un montón de viejos fumando puros y con las copas siempre llenas. Había mesas plásticas con botanas y diferentes comidas, y en algunas ocasiones, veía mujeres contoneándose, sentadas en las piernas de los ancianos. No estoy seguro, pero siento que todo corría por cuenta de él.

Carlos llegó muy puntual. Estaba recién bañado, traía puesta una camisa hawaiana, bermudas, y en la mano derecha una botella de ron Matusalén. Puso la botella sobre la mesa y se sentó. Mi papá me mandó a comprar cocas y agua mineral para el ron. Cuando regresé, estaban los tres sentados en la mesa, hablaban sobre el viaje a Cuba. No era una plática amena, hablaban trivialidades. Carlos les decía algo de una playa, y de ese ambiente antiguó que se respira por las calles de La Habana, nada importante. Mis padres no hablaban, se concentraban en escuchar

a Carlos.

Les acerqué las aguas y las cocas y me senté al lado de mi papá. Mi mamá se levantó y caminó hacia la cocina. Pasado un rato regresó con varios recipientes repletos de comida: ceviche, pulpo enamorado, tiritas de pescado con limón, y otros guisos. Mientras mamá traía la comida, la plática no había mejorado. En algún momento se desvió hacia situaciones políticas de Latinoamérica y, especialmente, de Cuba.

Cuando estuvo todo servido nos apresuramos a llenar nuestros platos con todo lo que pudieran contener. Nadie hablaba. Nos dedicamos a comer lo que había preparado q mi mamá.

Los tres terminamos casi al mismo tiempo, y por un rato nos quedamos sin decir nada. Mi mamá acabó con el silencio. Nos preguntó si queríamos postre; había comprado un pastel en el supermercado, pero creo que Carlos tuvo la impresión de que también aquel pastel lo había preparado ella. Todos estábamos llenos, aun así comimos pastel y tomamos café. Nuevamente hubo silencio. Mamá volvió a disiparlo con el chillido que emitió su silla al arrastrarla, y haciendo la versión inversa de lo anterior, comenzó a llevar los recipientes semivacíos a la cocina. Loss tres hombres nos quedamos sentados, y aunque hubo mediocres intentos por ayudarla, ella no lo permitió. El más insistente fue Carlos, quien trató de pararse de la mesa, tomó uno de los trastes vacíos que acababa de agarrar mamá y quiso de quitárselo: mamá jaló con más fuerza.

Estuvimos pensativos mientras ella realizaba aquella tarea de un mecanismo sorprendente. En cada viaje llevaba tres recipientes, los colocaba en el fregadero y nuevamente volvía por más. Después quitó los platos, los vasos, y al final, vino por las manteletas. Toda la mesa estuvo limpia en poco tiempo. Mamá se quedó limpiando la cocina y lavando los trastes. Desde la mesa Carlos preguntó en voz alta si podía ayudar en algo, la negativa fue inmediata.

Hasta ese momento, la botella de ron no se había abierto. Papá fue a la cocina y regresó con una hielera que manejaba con extrema habilidad; los hielos sobrepasaban el borde del recipiente y ni uno calló al suelo. En la otra mano traía un plato hondo con limones partidos a la mitad. Regresó a la cocina por vasos y, con mucha paciencia, preparó tres cubas perfectas. Terminamos la primera ronda y Carlos se disculpó y nos dijo que regresaba en un momeno. Salió de la nuestra casa y se dirigió a la suya.

Habrá pasado una media hora cuando la puerta retumbó. Era Carlos. Entró y se sentó en el mismo lugar que antes. Traía en la mano una caja nueva de esplendidos, la abrió y nos ofreció uno cada quien. El oler era delicioso, me quedé disfrutándolo hasta que Carlos acercó un cerillo de madera y me lo encendió. Papá le preparó una cuba, los tres bebimos de nuestros vasos y aspiramos el humo de los habanos. Carlos se quedó

mirando la foto de recién casados de mis padres.

Después la plática se tornó aburrida. Yo casi no dije nada. Papá y Carlos hablaron apasionadamente de la política del país. Todo está de la chingada, dijo mi papá. Carlos asintió. Después ellos se quedaron pensando en no sé qué cosas. Estuve a punto de irme a mi cuarto, pero de pronto Carlos nos preguntó si queríamos saber de las putas. ¿Las putas? Preguntó papá. Sí, las putas, las jineteras de Cuba.

Mi papá encogió los hombros y yo no dije nada ni hice gesto alguno. Sabía que en el fondo mi papá tenía interés en el tema. Se había pasado toda la semana anterior, que fue cuando Carlos regresó, hablando de lo mismo.

Preguntaba a mamá qué tal le habría ido en Cuba. Yo que diablos sé, supongo que bien, a qué van los hombres a Cuba sino a coger, si quieres vete tú también, contestaba mi mamá más o menos de la misma forma todas las veces: molesta y sin voltear a ver a mi papá. Él se reía y ahí terminaba la bronca.

¿Estuviste con muchas? Pregunto mi papá a Carlos. Solo con una... bueno, muchas veces, pero solo con una, contestó él.

Después Carlos platicó que había llegado a casa de un amigo cubano.

Se llamaba Juan. Al parecer, Juan era familiar de la esposa de otro amigo de Carlos, quien la había traído a México hace diez años, después de conocerla en La Habana. En alguna ocasión Juan vino a México, conoció a Carlos y se hicieron amigos. El tiempo que estuvo en México, ambos se emborracharon todos los días. Por lo que entendí, Juan era mejor bebedor.

Estuvo en mi casa varias veces, ¿apoco nunca lo vieron? Preguntó Carlos, negamos, él siguió con su historia.

El día que Carlos llegó a La Habana, Juan lo llevó a casa de otro amigo que también se llamaba Carlos. Juan dejó a Carlos en casa de Carlos el cubano, y le pidió que lo tratara bien. Juan se fue. Carlos esperó sentado una sala que olía a vómito, y cuando el otro Carlos salió del baño, los dos salieron sin saber el primero a dónde se dirigían. Carlos el cubano le dijo que no se iba arrepentir y le pidió que lo siguiera. Caminaron durante una hora, el calor era insoportable, y Carlos estuvo a punto de mandar al diablo al cubano. Al fin, dos cuadras después, llegaron a una casa vetusta y descuidada, con un pequeño jardín de plantas que por la descripción, habían sido abandonadas desde hacía mucho tiempo.

Tocaron una puerta a punto de caerse de oxidada. Alguien contestó al otro lado, y Carlos el cubano dijo algo ininteligible. Abrieron la puerta, y la oscuridad de adentro, que contrastaba brutalmente con la luminosidad del

exterior, le impidió a Carlos notar de inmediato de qué se trataba aquello.

Pasados unos segundos se dio cuenta de que el lugar era un bar improvisado. Las ventanas estaban tapadas con tablas de madera clavadas, había varios cuartos, de los que salían jovencitas de no más de dieciséis o diecisiete años desnudas; un velo hacía las veces de puerta en cada uno de los cuartos. Otras muchachas, que parecían más grandes, servían copas a los hombres que tomaban sentados en sofás distribuidos por toda la casa. Al fondo, en un cuarto sin velo, se alcanzaba a ver un intento de barra, o lo que en realidad era una mesa de madera grande con muchas botellas encima, en uno de cuyos lados un hombre negro y cano preparaba bebidas. De algún lugar, provenía una música suave, tropical, pero Carlos nunca vio de dónde.

Los dos Carlos se sentaron en un sofá que les señaló el joven que abrió la puerta. Él mismo llamó a una muchacha y ella levantó una orden; ambos pidieron ron. Esperaron sentados un rato sin hablar, y al cabo de unos minutos la mujer volvió con las bebidas. Era una mulata hermosa, abría tenido unos veinte años, y tenía un cuerpo perfecto, al menos eso nos dijo Carlos.

Después de un rato de estar bebiendo, Carlos el cubano se volvió más animoso, le hablaba a Carlos al oído muchas palabras inconexas que él no entendía. Carlos el cubano agitaba las manos, se golpeaba el pecho y hablaba de forma acelerada. De pronto, sin dar explicaciones, Carlos el cubano se paró del sofá y subió a la parte alta de la casa.

Mamá salió de la cocina, y Carlos tuvo que parar la historia. Ella estaba cansada, se disculpó y agradeció a Carlos el haber venido. Él, a su vez, dio las gracias por la comida. Mi mamá dio media vuelta, caminó algunos pasos y subió las escaleras. No dijimos nada mientras se iba.

Cuando su silueta se perdió en la oscuridad del fondo, papá invitó a Carlos a sentarse en la sala de una forma poco ortodoxa: ya se me entumieron las nalgas vecino, hay que sentarnos en el sofá, dijo.

Sentados cada quien en alguno de los tres sillones que conformaban la sala de mi antigua casa, Carlos nos dijo que se quedó solo durante unos cuarenta minutos en el sofá del bar. Había pedido tres rones más, y se apresuraba a beberlos nada más para ver a la mulata. En algún momento pensó en irse, de pronto le había entrado una angustia terrible, la clandestinidad de aquel lugar le causaba terror, y se había visto a sí mismo encarcelado en una prisión extranjera por corrupción de menores.

Después de un rato Carlos el cubano regresó con una niña de la mano. Habría tenido, cuando mucho, unos once años. Traía una peluca rubia y lentes de contacto color azul. Venía desnuda, y en el pubis apenas se dibujaban unos cuantos vellos ralos; en los pechos, de un diámetro

minúsculo, dos escasas protuberancias se encimaban en los pezones rosados. Las descripciones de mi vecino me sorprendían.

Desde que los vio venir, Carlos negó con ambos brazos, ni siquiera quería pensarlo. No mames, le dijo al cubano, es una niñita cabrón. Carlos el cubano insistió, dijo que no era la primera vez que lo hacía, y que la niña llevaba ya un año como jinetera; le gustaba estar con nombres mayores, agragó. Además, en las palabras del cubano, la chama tenía una crica bien sabrosa, que él mismo había probado. Carlos no entendió que significaban aquellas palabras.

Lo pensé varias veces. Estuve a punto de animarme, pero al final no quise, dijo Carlos.

Después de un rato Carlos el cubano se resignó y regresó por donde había venido con la niña. Antes le dijo a mi vecino que no sabía lo que se perdía, te vas arrepentir después, le dijo el cubano. Carlos se sintió apenado, y pensó que tal vez era hora de irse, aquello no había salido tan bien y no quería volver a platicar con el cubano; se sentía mal por no haber aceptado a la niña que le había llevado, no sabía que tanto le había costado conseguirla, o si le había comprado maquillaje especialmente para él.

Esta vez no tardó mucho, solo subió las escaleras y unos segundos después volvió de entre la penumbra. Carlos el cubano volvió a hablarle palabras raras a Carlos, el no hizo caso y siguió disfrutando la música y bebiendo su ron. Bueno, dijo Carlos el cubano, quieres a una más grandecita ¿eh? Le dio una palmada en el hombro y soltó una carcajada que se escuchó en todo el lugar. Carlos se encogió de hombros; para ese entonces ya no tenía ganas de cojer. Te vas cagar cuando veas lo que te traigo, dijo el cubano, pero vas a tener que esperar, una hora, hora y media, agregó. Se paró y salió de la casa.

Para aquel momento nuestros habanos ya iban por la mitad, y los tres rones que llevaba me empezaban a subir a la cabeza. Mi papá ya tenía la mirada algo perdida, no era buen bebedor, y estoy seguro de que también estaba mareado. Carlos, por el contrario, parecía más fresco, se había rejuvenecido, y sus movimientos y gesticulaciones parecían más livianos.

El cubano volvió al bar. Carlos tenía en las piernas a la mulata y llevaba rato platicando con ella. Ya habían acordado el precio, y estuvieron a punto de subir a uno de los cuartos de la planta alta. El cubano le gritó algo a la muleta y ella se alejó. Traía en la mano a otra muchacha, ella sí con ropa, de unos veinticuatro años. Carlos, en efecto, se aflojó. Según él, era la mujer más guapa que había visto, eso sí, era muy alta, al menos veinte centímetros más que él. Apenas le llegaba a la altura de la boca. Tampoco es que Carlos fuera muy alto. En realidad era bajo. No era gordo, pero su estatura lo hacía ver cuadrado, su piel era morena, y el

pelo lo tenía totalmente blanco.

La muchacha no hablaba, y Carlos el cubano hizo de intermediario. Qué te parece acere, ¿ésta si te gusta? Carlos asintió, los dos acordaron la tarifa, que según nuestro vecino no era mucho dinero. A diferencia de lo que pagas aquí por una mujer, es un buen precio, agregó Carlos emocionado.

La cubana y Carlos se dirigieron a las escaleras, Carlos el cubano se quedó en el sofá. La muchacha lo tomó de la mano y ambos subieron a la planta alta.

Carlos parecía iniciar lo que sería una descripción demasiado explícita de su encuentro, papá lo cortó de tajo. ¿Qué tal estuvo?, preguntó papá. Fue como volver a nacer, por lo alta que era cabrón, dijo Carlos mirando a mi papá, pero como con la mente en otro lugar. Todos nos reímos y dimos una fumada a nuestros puros, de los cuales, apenas quedaban unos cuantos centímetros. La sala era una burbuja de humo, la luz era gris y apenas se filtraba en opacos destellos.

Carlos y la cubana hicieron el amor cinco días seguidos en los cuartos del bar. Al sexto, Carlos le pidió que fueran a otro lugar, quería invitarla a cenar. Al principio, la cubana no aceptó, sin embargo él insistió sin cansarse. Discutieron un rato en el sofá; la cubana de pronto se fue. Cuando regresó traía puesta otra ropa: un vestido negro muy corto, tacones y una bolsa de piel. Le dijo a Carlos que podían salir.

Ya afuera de la casa caminaron unas cuadras hasta llegar a una calle más grande, esperaron largo rato por un taxi y cuando lo tomaron, la cubana le pidió al taxista que los llevara al Vedado, dijo también el nombre de un restaurante que Carlos no recordaba.

Mi vecino ya tenía planeado todo: irían a cenar, a un hotel a hacer el amor, y después, Carlos le propondría venirse a México con él. Estaba seguro que aceptaría, tenía por lo menos tres amigos con esposas cubanas.

Carlos se había enamorado de ella. Llegando aquí, le habría rentado un cuarto, se divorciaría de su mujer, y después de unos meses, compraría una casa para vivir con ella. Mi papá y yo nos quedamos callados. Los puros terminaban de consumirse en un cenicero que estaba en la mesa de centro, y el alcohol ya empezaba a pegarnos a los tres. Mi vista se perdió en el cenicero de talavera y en la luz roja que emanaba de los puros, acentuada por la escasa luz de la habitación.

¿Te ibas a casar con ella Carlos? , Estás cabrón, dijo papá. Sí, ya lo había decidido, si ella tenía cosas que arreglar allá, no me importaba, la hubiera

esperado el tiempo que fuera, contestó un Carlos triste y algo borracho.

Después nos dijo que todo iba muy bien. En el restaurante cenaron pescado y bebieron vino blanco. Platicaron de muchas cosas. Ella le contó algunos pasajes de su infancia. Le dijo que de niña quería ser actriz. El habló de su vida aburrida en México, de que nada lo entusiasmaba y de que nadie le hacía caso. Después de aquella intimidad, Carlos se atrevió a besarla en la boca. Durante aquellos días solo habían hecho el amor, se habían tocado y besado todas las partes del cuerpo, menos la boca. Ella no se opuso, por el contrario, tomó a Carlos con las dos manos por la cara y le acarició una oreja. Lo había besado con ternura, nos dijo él. Después salieron del restaurante y no tardaron mucho en encontrar un hotel.

No era nada elegante, pero comparado con los cuartos del bar, en donde parecía que las paredes sudaban, aquel cuarto era mucho mejor. Nos contó también que ese día se besaron durante mucho tiempo antes de la penetración. Así lo dijo, con esas palabras. Fueron besos con ternura, lentos y largos. Agregó Después de que acabaron, estuvieron un rato acostados y, entre las sabanas, Carlos le soltó a la cubana todo su plan. Ella escucho el largo monólogo sin interrumpirlo.

A esa hora yo tenía mucho sueño. La comida, el alcohol y los habanos me habían causado un sopor apacible, delicioso. Carlos se quedó pensando un rato y le dio varios tragos a su cuba. Nos quedamos callados.

Después nos dijo que ella había guardado silencio por un rato, después se paró de la cama y comenzó a vestirse. Carlos permaneció en silencio también, estaba un poco arrepentido de todo lo que acababa de decir. Ella terminó de vestirse y se sentó en la cama, a un lado de él.

Carlos dio un último sorbo a su copa y puso el vaso en la mesa.

Tronó la boca y se rasco la cabeza. Era esposa de Carlos el cubano, dijo. Nunca me lo imaginé y nunca comentó nada, ni siquiera en el restaurante cuando habló de su vida. Estaba casi seguro de que se vendría conmigo, aquí iba a estar bien, le iba a dar una casa, comida, y ya no tendría que trabajar de puta.

Al día siguiente Carlos se despidió de Juan, le agradeció su hospitalidad y abandonó su casa. Su amigo estaba confundido. Le dijo que había pensado tenerlo más tiempo, y preguntó si no estaba contento con Esmeralda. Carlos le dijo que todo estaba bien, que pronto volvería, pero por ahora, tenía un asunto urgente en México. Tomó un taxi al aeropuerto y compró un lugar en el primer avión que salía hacia acá.

En el tiempo que estuvo en Cuba, nunca le contó a su amigo que se había enamorado de la esposa de Carlos el cubano. De hecho, hasta ese día, nunca lo había contado a nadie. Esa confesión me produjo una alegría que

me daba pena a mí mismo.

Después, ya muy borracho, habló sin parar de su mujer, de sus hijos, de su vida de jubilado. Estaba realmente triste y ni yo ni mi papá comentamos nada al respecto. Lo dejamos hablar por un buen rato hasta que se quedó dormido en nuestro sofá.

Papá y yo bebimos una última cuba que él preparó. Me dijo que se sentía contento de estar en su casa, bebiendo con su hijo y con buenos amigos. No sé qué quiso decir con "buenos amigos".

Al terminar las cubas los dos estábamos muy cansados. Era evidente el cansancio de mi papá.

Tratamos de despertar a Carlos, pero él estaba perdido en un sueño pesado, soñando quién sabe qué cosas.

Volvimos a insistir, y Carlos apenas respondió, dijo algo que no entendimos, y después de un rato logramos hacer que se parara. Lo tomamos de ambos brazos y lo cargamos lentamente. Caminamos los tres así, con Carlos en medio, y dando pasos muy cortos hasta la entrada de su casa.

Al llegar toqué el timbre y tras esperar unos cinco minutos salió la muchacha, iba cojeando y con una venda en el pie. Se quejó del estado de Carlos y lo ayudó a entrar. Nos despedimos de él sin obtener respuesta, pero cuando la muchacha comenzó a cerrar la puerta, y nosotros íbamos ya con dirección a nuestra casa, oímos la voz de Carlos gritando una palabra ininteligible. Nos acercamos, y con voz entrecortada nos dijo que su mujer iba a estar otras dos semanas en casa de su familia en Hidalgo. El próximo sábado haría una fiesta y quería que estuviéramos ahí. Asentimos solo por no contrariarlo. Carlos se despidió de nosotros y le dio a mi papá una pequeña palmada en la mejilla, con cariño.

Nunca fuimos a aquella fiesta. A mitad de la semana una ambulancia se estacionó afuera de la casa de Carlos. Murió unas horas después en un hospital público. Su esposa llegó en la madrugada. Sus hijos estaban fuera de la ciudad y llegaron hasta al día siguiente. Un infarto fulminante acabó con su vida. Estuvimos en el hospital, en el velorio y en el panteón. En su casa puede verlo por el vidrio de la caja. Estaba como lo había visto dormido en mi sofá. Jamás vi a nadie muerto y en realidad no me produjo ningún sentimiento. La gente muerta se ve como si estuviera dormida. No hay diferencia.

En el panteón, cuando lo iban bajando, lo imaginé feliz, paseando por El Vedado tomado de la mano de su cubana.

IDA AL TRABAJO

La mañana se siente más caliente que otros días. Otra vez me quedé dormido. Hay días en los que me entra un insomnio canijo y termino conciliando el sueño hasta las cuatro de la mañana. Y esos días son en los que el puto timbre del despertador no me despierta del cansancio tan pesado que tengo.

Me pongo lo que encuentro; el pantalón sucio de ayer y una playera blanca. El cuarto es un tiradero. Sucio y reducido. Agobiante. Caluroso.

Entro al baño a mear y mientras meo miro mi cara en el espejo que cuelga justo arriba de la tasa. Mi cara es la de un viejo. Una barba canosa y la piel reseca. Bultos debajo de los ojos. Apenas tengo treinta años. Me sacudo la verga mientras sigo pensando en lo mal que me veo.

Me sirvo un vaso de leche. Saco de un cajón un pedazo de pan y como con prisa, casi atragantándome. Me lo paso con unos tragos de leche. Lo dejo todo a medias. Hay mitades de vasos y de panes por todos lados.

Salgo de la casa a toda prisa, pensando en la cagada que me daría el supervisor si llegara nuevamente tarde. Hecho a correr hasta la parada del camión e increíblemente casi en cuanto llego frena frente a mí. Es el camión que quiero. Unos segundos más y no lo alcanzo. Me asusta un poco que las cosas me salgan bien. No pasa a menudo. Algo de suerte para mi hoy.

A esa hora de la mañana aún quedan asientos desocupados. Me siento en uno y me acomodo porque el viaje es algo largo y con tantas paradas se hace una eternidad. Me quedo medio dormido y me despierto de putazo cada que siento que la cabeza se me cae o cuando pasamos uno de los tantos baches o topes de la ciudad.

Nada nuevo. Las mismas caras familiares. La misma cotidianidad. El mismo intercambio de miradas amables, patéticas, sonrisas ridículas. Nunca pasa de eso. Nunca intercambiamos palabras con nadie. Hay personas que veo en esta misma ruta desde hace unos cinco años. Está bien que así sea. No me importa. De todos modos sé que ellos tampoco quieren hablar. La gente por alguna razón me evita. Algo debo tener.

Ya un poco más despierto hago un recuento de las personas que se detuvieron ayer. En un día tranquilo cobro unos cien peajes. Pero sólo recuerdo a unas cuantas personas. Las más interesantes.

Dos años atrás se paró un malibú algo traqueteado, de modelo pasado. El conductor abrió la ventana y tras examinar mi cara unos segundos me preguntó si era yo. Sí, soy yo, contesté. No recordaba haberlo visto en mi vida. El sujeto estaba de lo más feliz. Me dijo su nombre y lo recordé.

Éramos compañeros en la secundaria. Un día, en la fiesta de la puta del salón, el cabrón me trono un trapo húmedo en el ojo. Estaba mirando un cuadro como idiotizado. Al ver cómo miraba el cuadro me acerqué. Era un cuadro muy corriente. Tras unos segundos, y sin percatarme por la poca luz, sentí el golpe en la cara. No pude abrir el ojo en un buen rato. Cuando el dolor se calmó un poco me di cuenta que se cagaba de risa. Le propiné un puñetazo en el cachete, muy débil, casi sin querer pegarle. El me tundió a golpes. No hice nada, apenas metí las manos. Tenía fama de pandillero y temí la represalia. Nunca volvimos a hablarnos. No volví a verle hasta el día que paró frente a mí en su coche viejo. Con su jeta de idiota me presentó a toda su familia. Agradecí que el auto de atrás pitara como desquiciado. Le deseé que se volcara y que sus hijos murieran quemados.

He visto de todo. Pervertidos que van con el pito erecto de fuera. Mujeres mamando a los conductores mientras éstos pagan. Cabrones que intentan pasarse sin pagar. Hijitos de papi que te avientan el dinero. Qué pretende esta gente. Están enfermos. Son basura.

He visto también a gente que protesta y toma las casetas. Es su manera de quejarse contra el gobierno o contra no sé quien. Dejan pasar a los coches sin pagar. Me da gusto cuando pasa porque estos hijos de puta nos pagan una miseria y no está mal que pierdan un poco de vez en cuando. Ellos no se chingan ocho, diez horas al día. Ellos no viven en un cuarto de quinientos pesos, ni caminan dos kilómetros para tomar un puto pesero. Trabajan en oficinas con aire acondicionado y una secretariade buen culo que les prepara el café. Supongo.

Nuevamente el sopor. Consecuencia del desvelo. El camino sigue recto y yo me concentro en la línea de en medio. Apenas se percibe su discontinuidad por la velocidad. Entre el sueño y la línea me llegan recuerdos. Recuerdos de cuando estuve casado. No funcionó. No podíamos dormir juntos. Era una bruta. Me pateaba y me empujaba hasta la orilla de la cama. No lo aguanté. En ese tiempo trabajaba en un taller mecánico, pero después de que se inundó por una lluvia torrencial el dueño decidió cerrarlo. Había perdido mucho dinero en material. Esa fue su explicación para corrernos.

Ahora trabajo cobrando peaje en una caseta de la Autopista del Sol. La del tramo Chilpancingo-Acapulco. Todos los días me levanto antes de la seis de la mañana. Cojo el camión hasta la oficina de la empresa que tiene la concesión. Checo mi entrada y voy a que el supervisor me cague como siempre, por cualquier cosa. De ahí nos llevan a mí y a los otros en un coche hasta la caseta para hacer el cambio de turno. En la tarde regresan por nosotros y nos llevan nuevamente a la oficina. Así durante cinco años. El tedio hecho realidad. Un fastidio de trabajo. No hago nada más.

El camino sigue su curso y yo sé algo que las otras personas no. Pronto tendremos un accidente. Nos volcaremos y muchos morirán, o moriremos. No lo sé. Yo mismo aflojé los birlos de las llantas de este camión. Un plan que maquiné desde hace mucho tiempo. No tiene caso explicarlo. Fue sencillo.

No me siento mal por estas personas. Les hago un favor. Sus vidas son miserables, aburridas, puedo verlo en sus caras. Las personas que se paran a las seis de la mañana a tomar un camión deben tener vidas de mierda.

Pasa algún rato. El paisaje es agreste. Estamos a punto de entrar en la vía rápida. Pronto será.

Lo veo venir. Siento un ligero temblor bajo mis pies. Unos segundos después una llanta sale volando y el chofer frena a fondo por inercia. La peor decisión. Pierde el control. El camión empieza a dar giros de trescientos sesenta grados para después volcarse.

Ahora todos somos amigos. Nos tocamos. Rozamos nuestros cuerpos. Es un carnaval. Soy feliz por un instante. Ahora siento que mi cabeza se estrella contra un cristal. El golpe es brutal. Escucho el hueso romperse y el crujido de los cristales. Es como una presión que se libera en mi cabeza. Salgo disparado a un costado de la vía. Pierdo el conocimiento. Ahora muero. Está bien. No iré más a ese pinche trabajo. Soy libre.